

¿PULSO AL GOBIERNO O AL ESTADO ?

JORDI SOLE TURA

Mi admirado Francisco Ayala lo decía en estas mismas páginas hace algunos días : nuestras discusiones políticas están demasiado encerradas en si mismas, apenas tenemos en cuenta lo que ocurre en el resto del mundo, vivimos demasiado pendientes del regate corto y de la anécdota ruidosa. Más todavía: seguimos sin prestar la atención debida a nuestra propia experiencia, a los logros pero también a los límites de nuestra transición, al peso de la herencia recibida del franquismo y, sobre todo, a la pervivencia de una cultura política que hunde sus raíces en siglos de autoritarismo y que aunque haya cambiado radicalmente en algunos aspectos esenciales sigue ahí, latente, en otros.

Recuerdo todo esto porque creo que con la revelación de los pormenores del chantaje contra el Estado -- digo bien, el Estado -- estamos llegando a un punto en el que todos tenemos que tomar una decisión sobre el problema clave: o ganan los Marios Condes o gana el Estado. Y me preocupa mucho que las primeras reacciones políticas sigan ancladas en la lógica del botepronto y del regate corto. A Julio Anguita le he oído decir que esto no es más que una cortina de humo. A José M. Aznar, que éste es un problema del Gobierno y no del Estado, que Felipe González se hace la víctima y que con su dimisión se arreglaba todo.

Soy el primero en reconocer que los socialistas hemos cometido serios errores de perspectiva y de gestión en todo este asunto y no se trata de escamotear ni los errores ni las responsabilidades. Por acción o por omisión hemos perdido credibilidad y con ello hemos contribuido a generar desconfianza e inquietud en un amplio sector de la población. Estamos pagando un alto precio por ello y es posible que lo paguemos todavía más alto. Pero este asunto no es sólo ni principalmente un problema del Gobierno ni del Partido Socialista. Lo que está en juego es si el sistema democrático puede derrotar a los que les acosan o no. Y esto depende de que todos, gobierno y oposición, acertemos en el análisis y en las decisiones que tomemos.

El sistema democrático pasa por momentos complicados y en todas partes muestra signos de debilidad. No es la primera vez que esto ocurre y, afortunadamente, hoy no existen aparentes alternativas -- como lo fueron en su momento el nazismo por un lado y el estalinismo por otro --, pero es indudable que muchas instituciones de la democracia han perdido credibilidad, que los partidos políticos y sus dirigentes han perdido fuerza y representatividad y que el concepto mismo de la división de poderes empieza a ser cuestionado. No se trata sólo del predominio del poder ejecutivo sobre el legislativo, problema detectado hace ya muchos años, sino también del nuevo protagonismo del poder judicial, que como tal poder no es elegido ni controlado como los dos anteriores pero que puede llegar a sobreponerse a ambos. Por otro lado, es bien sabido que los poderes tradicionales del sistema democrático son hoy seriamente desafiados por la aparición de otros poderes -- financieros y mediáticos sobre todo -- que ni son elegidos por los ciudadanos ni son controlados por éstos de manera periódica. A la vista de lo que está ocurriendo aquí y en todas partes, estos poderes tienen, a menudo, más capacidad de acción, de intervención, y de condicionamiento de la opinión que los gobiernos de los Estados, tomados uno por uno. Esto no es nuevo. Pero sí son nuevos los medios y las posibilidades con que estos poderes cuentan en un mundo en transformación, como el actual.

La democracia parlamentaria está, pues, ante un gran dilema. No puede poner puertas al campo ni limitar derechos fundamentales, como la libertad de expresión y de comunicación. Pero es cierto que los Estados nacionales, que se mueven todavía en espacios limitados y defienden su propia moneda en el interior de éstos, son a menudo superados por la libertad absoluta del movimiento de capitales, por la especulación desatada desde círculos que no se pueden identificar, por la internacionalización de una producción que puede crear y destruir tejidos sociales a mansalva y por la presión de los grandes medios de comunicación.

Este es un problema general. Por consiguiente, también lo tenemos nosotros y lo seguiremos teniendo, con gobierno socialista o con cualquier otro. Pero en España tenemos otros problemas añadidos. Nosotros hicimos, ciertamente, una gran transición de la dictadura a la democracia y nos sentimos orgullosos de ella. Pero la verdad es que la transición resolvió algunos problemas fundamentales pero otros quedaron sin resolver o se intentaron resolver posteriormente con más dificultades, especialmente los relativos a los principales aparatos del Estado anterior, que heredamos intactos o casi intactos. Esto se ha dicho y se ha repetido. Pero creo que nunca hemos hecho una discusión seria, sensata y tranquila sobre el tema.

Durante estos años de gobiernos de la UCD, primero, y del PSOE después, más sólido y con mayor apoyo social, se han llevado a cabo grandes reformas por todos conocidas, en el terreno económico y social y en el político. Se podrá discutir si el ritmo ha sido o no adecuado, si las prioridades han sido o no las más convenientes. Pero nadie podrá negar la necesidad de estas reformas ni ocultar o despreciar el ímpetu político con que se han abordado y realizado. Ni tampoco se podrá negar que se han hecho con una visión concreta de los intereses generales del país y no tanto de los intereses de partido, pues algunas de las más importantes han creado tensiones entre el PSOE y una parte de sus votantes. Todo ello ha provocado grandes cambios en la sociedad española, algunos previsibles, otros no tanto. Algunos de estos cambios han generado tensiones sociales, y las siguen generando en la medida que todavía quedan problemas estructurales por resolver, pero lo cierto es que los principales problemas de pérdida de credibilidad del sistema y del propio gobierno no han surgido de aquí.

Sí han surgido, en cambio, de los sectores que más costó reformar, es decir, de los aparatos del Estado directamente heredados del régimen anterior. Este es un tema decisivo, como se está comprobando en los últimos meses, y en el que hay que insistir una y otra vez. Es evidente que la reforma ha sido un éxito en algunos de ellos, especialmente en las Fuerzas Armadas, pero que ha sido mucho más difícil, contradictoria y limitada en otros, más directamente empeñados en la lucha a vida o muerte con el terrorismo y con poco margen de maniobra para un cambio organizativo y de personal.

Pero hay más. Con la transición pudimos cambiar las principales instituciones del Estado y abrir camino a la democracia. Pero algunos de sus pilares indispensables, como los partidos políticos y los sindicatos, eran débiles y lo siguen siendo. Los nuevos dirigentes políticos tuvieron que formarse y aprender sobre la marcha. Y, lo más importante de todo: cambiamos el sistema pero heredamos una cultura política que tenía detrás décadas y siglos de autoritarismo político. Y las culturas políticas, las percepciones de la política, de sus protagonistas y de sus instituciones, las formas de entender la relación entre gobernantes y gobernados, y hasta el uso y la reverencia de los símbolos no cambian tan rápidamente como las superestructuras institucionales.

El resultado ha sido un cambio tumultuoso y exaltante en muchos sectores. Ha avanzado la tolerancia en terreno delicados, como el sexual o el religioso, y las ciudades

han sido motores y focos de una nueva convivencia. Pero la sociedad ha permanecido poco articulada en otros aspectos, a merced de bruscos movimientos de opinión o de reacciones emocionales ante tal o cual acontecimiento. Han entrado en escena nuevas generaciones que ya no perciben como problemas los que nosotros tuvimos que resolver con enormes esfuerzos y, en cambio, plantean otros muy difíciles de resolver con los mecanismos actuales, entre ellos el del empleo. También han cambiado las referencias culturales, en una mezcla difícil entre nuestras propias herencias y lo que nos llega de otros lugares, por encima de las antiguas fronteras. Y, a caballo entre la dimensión nacional y la internacional, también han aparecido nuevas formas de enriquecimiento y de especulación, que permiten acumular fortunas sin crear un solo puesto de trabajo. Detrás de estas posibilidades de fortuna rápida, han surgido nuevos protagonistas, individuos o grupos con poder económico, carentes de escrúpulos, mimados por algunos medios de comunicación - que a menudo ellos mismos controlan - y que pueden llegar a echar un pulso al Estado si conviene a sus intereses..

Esto es lo que ahora tenemos ante nosotros. Ningún análisis mínimamente serio sobre los aciertos y los errores del gobierno y de la oposición, sobre el papel de los medios de comunicación, sobre la solidez o la debilidad de nuestras instituciones o sobre los movimientos de la opinión pública puede prescindir de estos datos. Por eso la pregunta es si seguimos utilizando el barullo como un elemento más de la pelea preelectoral o si vamos al fondo de la cosas para evitar que los que hoy acosan al sistema acaben ganando el pulso. Una democracia sólida necesita un gobierno fuerte y una oposición también fuerte, capaces ambos de competir pero también de cooperar en lo fundamental, independientemente de quién esté en el gobierno y quién en la oposición. Yo no deseo que la actual oposición gane y que se imponga el modelo bipolar que propugnan el P.P. e Izquierda Unida. Pero tampoco deseo que la oposición se convierta en el furgón de cola de todo este cortejo siniestro de altos responsables traidores, de jueces equívocos, de financieros estafadores y de periódicos al servicio o sirviéndose de todos ellos, y que su aportación a la discusión política se limite a esperar que otros le marquen el ritmo, los tiempos y los contenidos de su política. Y no lo deseo porque si los que hoy chantajea al Estado triunfan en su empeño, ellos serán luego los dueños y los rectores de la política española, al margen de quién gane las elecciones y forme nuevo gobierno en el futuro. Si esto llega a ocurrir, ya no será la democracia por la que hemos luchado.

De:
JORDI SOLÉ TURA
c/ Pedró de la Creu, 21, at.1ª
08034.BARCELONA
Tel.-Fax : (93) 280.35.45

A: Hermann Terstch
(Opinion) URGENTE

Dia: 24. sept. 95 (Domingo)

Observ.: Amigo Hermann:

Ayer te envié una
primera versión del artículo.
Hoy la he revisado, he cambiado
algunos párrafos, he introducido
algunos nuevos y he condensado
otros. Esta que te envío ahora
es la que vale.

J. S. T.

Mi admirado Francisco Ayala lo decía en estas mismas páginas hace algunos días: nuestras discusiones políticas están demasiado encerradas en sí mismas, apenas tenemos en cuenta lo que ocurre en el resto del mundo, vivimos demasiado pendientes del regate corto y de la anécdota ruidosa. Más todavía: seguimos sin prestar la atención debida a nuestra propia experiencia, a los logros pero también a los límites de nuestra transición, al peso de la herencia recibida del franquismo y, sobre todo, a la pervivencia de una cultura política que hunde sus raíces en siglos de autoritarismo y que aunque haya cambiado radicalmente en algunos aspectos esenciales sigue ahí, latente, en otros.

Recuerdo todo esto porque creo que con la revelación de los pormenores del chantaje contra el Estado —digo bien, el Estado— estamos llegando a un punto en el que todos tenemos que tomar una decisión sobre el problema clave: o ganan los Marios Condes o gana el Estado. Y me preocupa mucho que las primeras reacciones políticas sigan ancladas en la lógica del bote pronto y del regate corto. A Julio Anguita le he oído decir que esto no es más que una cortina de humo. A José María Aznar, que éste es un problema del Gobierno y no del Estado, que Felipe González se hace la víctima y que con su dimisión se arreglaba todo.

Soy el primero en reconocer que los socialistas hemos cometido serios errores de perspectiva y de gestión en todo este asunto y no se trata de escamotear ni los errores ni las responsabilidades. Por acción o por omisión hemos perdido credibilidad y con ello hemos contribuido a generar desconfianza e inquietud en un amplio sector de la población. Estamos pagando un alto precio por ello y es posible que lo paguemos todavía más alto. Pero este asunto no es sólo ni principalmente un problema del Gobierno ni del partido socialista. Lo que está en juego es si el sistema democrático puede derrotar a los que lo acosan o no. Y esto depende de que todos, Gobierno y oposición, acertemos en el análisis y en las decisiones que tomemos. El sistema democrático pasa por momentos complicados y en todas partes muestra signos de debilidad. No es la primera

vez que esto ocurre y, afortunadamente, hoy no existen aparentes alternativas —como lo fueron en su momento el nazismo por un lado y el estalinismo por otro—, pero es indudable que muchas instituciones de la democracia han perdido credibilidad, que los partidos políticos y sus dirigentes han perdido fuerza y representatividad y que el concepto mismo de la división de poderes empieza a ser cuestionado. No se trata sólo del predominio del poder ejecutivo sobre el legislativo, problema detectado hace ya muchos años, sino también del nuevo protagonismo del poder judicial, que como tal poder no es elegido ni controlado como los dos anteriores pero que puede llegar a sobreponerse a ambos. Por otro lado, es bien sabido que

los poderes tradicionales del sistema democrático son hoy seriamente desafiados por la aparición de otros poderes —financieros y mediáticos sobre todo— que ni son elegidos por los ciudadanos ni son controlados por éstos de manera periódica. A la vista de lo que está ocurriendo aquí y en todas partes, estos poderes tienen, a menudo, más capacidad de acción, de intervención y de condicionamiento de la opinión que los Gobiernos de los Estados, tomados uno por uno. Esto no es nuevo. Pero sí son nuevos los medios y las posibilidades con que estos poderes cuentan en un mundo en transformación, como el actual.

La democracia parlamentaria está, pues, ante un gran dilema. No puede poner puertas al cam-

po ni limitar derechos fundamentales como la libertad de expresión y de comunicación. Pero es cierto que los Estados nacionales, que se mueven todavía en espacios limitados y defienden su propia moneda en el interior de éstos, son a menudo superados por la libertad absoluta del movimiento de capitales, por la especulación desatada desde círculos que no se pueden identificar, por la internacionalización de una producción que puede crear y destruir tejidos sociales a mansalva y por la presión de los grandes medios de comunicación.

Éste es un problema general. Por consiguiente, también lo tenemos nosotros y lo seguiremos teniendo, con Gobierno socialista o con cualquier otro. Pero en España tenemos otros proble-

mas añadidos. Nosotros hicimos, ciertamente, una gran transición de la dictadura a la democracia y nos sentimos orgullosos de ella. Pero la verdad es que la transición resolvió algunos problemas fundamentales pero otros quedaron sin resolver o se intentaron resolver posteriormente con más dificultades, especialmente los relativos a los principales aparatos del Estado anterior, que heredamos intactos o casi intactos. Esto se ha dicho y se ha repetido. Pero creo que nunca hemos hecho una discusión seria, sensata y tranquila sobre el tema.

Durante estos años de Gobierno de la UCD, primero, y del PSOE, después, más sólido y con mayor apoyo social, se han llevado a cabo grandes reformas por todos conocidas, en el terreno económico y social y en el político. Se podrá discutir si el ritmo ha sido o no adecuado, si las prioridades han sido o no las más convenientes. Pero nadie podrá negar la necesidad de estas reformas ni ocultar o despreciar el ímpetu político con que se han abordado y realizado. Ni tampoco se podrá negar que se han hecho con una visión concreta de los intereses generales del país y no tanto de los intereses de partido, pues algunas de las más importantes han creado tensiones entre el PSOE y una parte de sus votantes. Todo ello ha provocado grandes cambios en la sociedad española, algunos previsibles, otros no tanto. Algunos de estos cambios han generado tensiones sociales, y las siguen generando en la medida que todavía quedan problemas estructurales por resolver, pero lo cierto es que los principales problemas de pérdida de credibilidad del sistema y del propio Gobierno no han surgido de aquí.

Si han surgido, en cambio, de los sectores que más costó reformar, es decir, de los aparatos del Estado directamente heredados del régimen anterior. Éste es un tema decisivo, como se está comprobando en los últimos meses, y en el que hay que insistir una y otra vez. Es evidente que la reforma ha sido un éxito en algunos de ellos, especialmente en las Fuerzas Armadas, pero que ha sido mucho más difícil, contradictoria y limitada en otros, más directamente empeñados en la lucha a vida o muerte con el te-

Pasa a la página siguiente

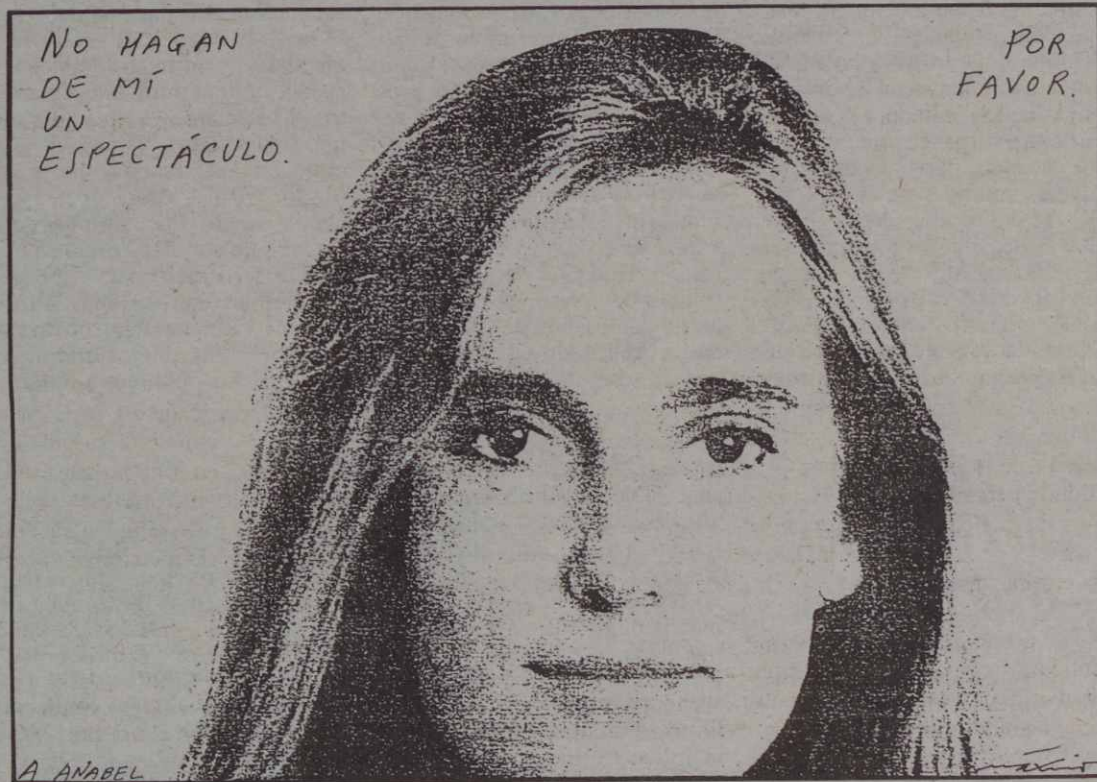
¿Pulso al Gobierno o al Estado?

JORDI SOLÉ TURA

MÁXIMO

NO HAGAN
DE MÍ
UN
ESPECTÁCULO.

POR
FAVOR.



CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados, y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

que habla incorrectamente?—
María Siguero Rahona. Madrid.

La luz, las sombras

Me he despertado de la siesta sobresaltado. ¿Dónde está la luz? "Han adelantado la hora. Acuerdos con la Unión Europea". No

es un adelanto, no es un acuerdo. Es un robo. Nos han robado una hora de luz. Y la vida de los símbolos es muy fuerte, como la vida que llega por la luz: nos han quitado una hora diaria de vida por pertenecer a la Historia del Sombrio Norte.

Todo el país debería llevar un lacito negro hasta que la Oscura, Madrugadora y Fabril Europa nos la devolviera. Por la mañana, el sol nos da en la cara mientras aún dormimos. ¿Ahorro? Calvinismo: levántate pronto, acuéstate pronto. Mejor un lacito blanco. Mejor ningún lazo y hacer la vida de cráspulas nocturnos que siempre hemos hecho.—
Alfredo A. Maldonado. Xàbia, Alicante.

Impuestos

El señor González ha hablado en la reunión de Formentor de "la lucha contra el desempleo".

Pues no resulta muy fácil tomarle en serio.

En España, el aspirante a empresario pequeño que cuenta justamente con el valor de mercado suficiente para ganarse la vida en ausencia de impuestos constantes y lineales se encuentra batido por la Seguridad Social, el impuesto sobre las actividades económicas, y más. En cuanto a la persona que busca empleo, la primera de estas obligaciones aumenta el precio de la mano de obra e impide la contratación.

En Europa, generalmente existe algo parecido. Es lógicamente inevitable que un impuesto lineal, tal como el IVA, cree desempleo. Este impuesto y los anteriores, todos no progresivos, son barreras de entrada erigidas contra la persona económicamente débil. Si no vemos esto, merecemos lo que recibamos en los años que vienen.—
Ivor Alexander. Bilbao.

Los jurados y la democracia

En contestación a la carta *Jurados populares*, publicada por EL PAÍS el 24 de septiembre, en la que la autora expresa sus temores sobre la efectividad de los jurados y duda de la pureza de sus actuaciones, pensando que ciudadanos poco cívicos puedan formar parte de dichos jurados, yo respondo que cuestionar la aptitud de una clase de ciudadanos para esa función es lo mismo que cuestionar el voto igual para todos en democracia.

Por otra parte, hoy la imagen pública de los jueces está muy minada, si nos atenemos a la reciente encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), en la que se observa que sólo el 21% de los españoles consultados dice sentir mucha o bastante

Pasa a la página siguiente

"Repoleces"

Estoy completamente de acuerdo con lo que escribe, el día 21, Aurelio Arteta sobre la "repolez" de los alargadores de palabras. A todos los conocidos ejemplos que pone él, yo podría añadir uno que tuve que tachar en un examen de un chico de BUP que creía que poniendo más largo el sufijo se es más culto; se trata de *fomentación* en lugar de "fomento", que espero que no se difunda.

Otra cosa: ¿qué ha hecho el verbo *repetir* que no lo usa nadie como no sea para algo estomacal? Todo el mundo público sólo *reitera* y resulta que el diccionario de María Moliner (que no fue académica) dice: "reafirmar", "repetir"...

¿Y no podría algún padre gramático decirles a los que hablan en público cuándo deben decir que y cuándo de que sin desdoro ni miedo a ser considerado un inculto

“¡Preparaos, los banqueros se echan a la calle!”. Con ese lema, que tomaron prestado de una canción proletaria, algunos centenares de banqueros, rodeados de sus guardaespaldas, se manifestaron recientemente en Moscú ante la Lubianka, la sede del FSB (el ex KGB). Su motivo: protestar contra la oleada de asesinatos que diezma sus filas desde hace algún tiempo. “El crimen violento e incontrolable representa para Rusia un peligro más importante que ninguna de las fuerzas políticas que existen en la actualidad”, comentaba recientemente el *Washington Post*, visiblemente más preocupado que la prensa rusa por la suerte de estos nuevos capitalistas. En el transcurso de los tres últimos años, 46 banqueros han sido asesinados en Moscú —una media de dos y medio al mes— y otros 40 han sobrevivido milagrosamente a los ataques sufridos. Hasta ahora, la opinión pública rusa no se apasionaba por estos crímenes, que suelen deberse a ajustes de cuentas entre pseudo-Rockefellers. Siempre se desarrollan de forma clásica: los responsables recurren a asesinos a sueldo, cuyas tarifas no son prohibitivas teniendo en cuenta la precisión de sus disparos. Por ejemplo, el poderoso Oleg Kvantrishvili, amigo del régimen y de la mafia, fue asesinado el año pasado por una única bala en el corazón disparada desde una gran distancia. En Moscú, eso es ahora algo corriente. Pero las circunstancias de los dos últimos asesinatos de banqueros —el de Iván Kivelidi y el de Oleg Kaplan, degollados semanas antes— sí que causaron asombro entre la gente, y podrían incluso afectar al poder.

Oleg Kaplan, de 40 años, presidente del Banco Yugorski, alquiló este verano un chalé en la aldea de Sneguiuri, perteneciente al Sovmin (Consejo de Minis-

tros). No hay que decir que se trata de uno de los lugares más protegidos de Rusia. En ese remanso de paz, Oleg Kaplan fue brutalmente asesinado en la madrugada del 20 de julio cerca de la valla de su jardín. Lo encontraron con la garganta seccionada y el pecho perforado por 17 puñaladas. Su guardaespaldas, el ex campeón de boxeo Oleg Nepravda, fue asesinado en el interior de la casa con un arma blanca y un arma de fuego, que se encontró en el lugar de los hechos. En un primer momento, la policía atribuyó el doble crimen a un checheno o a algún otro caucásico, conocidos por su destreza en el manejo del puñal. Pero aquella pista, que podía sembrar el pánico en esa elegante aldea que se creía a salvo de los chechenos, no llevó a ninguna parte. Los investigadores señalaron de pasada que los *spetsnaz*, los grupos antiterroristas del Ministerio del Interior, manejan las armas blancas tan bien como los caucásicos y tienen una libertad de movimientos mucho mayor que éstos. Inmediatamente, la investigación se estancó. Ni siquiera se examinó el revólver encontrado en la casa, porque el laboratorio de la policía, debido a la falta de créditos, carece en este momento de glicerina, algodón y otros productos imprescindibles.

A falta de una versión oficial, los moscovitas se entregan a las teorías más curiosas. Se dice que en la noche del 20 de julio el banquero recibió una visita galante, sin duda de la esposa de un ministro vecino. Hacia las cuatro de

la madrugada, según este rumor, Kaplan la acompañó en paños menores hasta la cerca de su jardín, donde le esperaba el asesino. La bella mujer, que había servido como cebo, huyó en bicicleta. La tesis del amor fatal de Oleg se apoya en que la policía informó del robo de una bicicleta: una prueba no demasiado concluyente.

Un misterio todavía más profundo rodea la muerte de Iván Kivelidi —presidente del Rossbusinessbank y de la Mesa Redonda de la Empresa Rusa— y de su secretaria, Zara Ismailova. La fortuna de Iván Kivelidi es menos insólita que la de esos ex vigilantes nocturnos o taxistas convertidos ahora en banqueros y multimillonarios: Kivelidi, un abjato de origen griego, ya hacía negocios en la época de la URSS aprovechándose del estatuto de zona semilibre de que gozaba Abjazia. Pero Kivelidi se ganó muchos enemigos: el último fue su joven rival Oleg Boiko (de 30 años), propietario del Banco Olbi y yeltsinista incondicional y fundador de la Liga Suprema de la Empresa Rusa, un consorcio de nueve grandes bancos. Kivelidi, al que no invitaron a esa asociación, se sintió evidentemente herido, y no sólo en su amor propio, sino sobre todo en sus intereses. Efectivamente, el consorcio ofreció al Gobierno un crédito de varios miles de millones de dólares —a bajo tipo de interés— a cambio de derechos preferenciales de adquisición de las propiedades del Estado que iban a ser privatizadas en 1995 y 1996. El

consorcio quiere convertirse a la larga en el “propietario de Rusia”. Kivelidi, indignado, marcó enseguida las distancias con el Kremlin y arrastró con él a los miembros de la Mesa Redonda de la Empresa Rusa, entre ellos a su colega Oleg Kaplan. Han corrido rumores sobre los contactos establecidos por Kaplan y Kivelidi con líderes del bando anti-Yeltsin, incluidos los comunistas. A tres meses de las elecciones legislativas, eso no carecía de significado, ni tampoco de lógica: si la oposición gana en diciembre, la Liga Suprema de Oleg Boiko será automáticamente destronada en beneficio de la Mesa Redonda de Kivelidi. Aunque en las finanzas, como en el fútbol, la competencia es muchas veces dura, en el caso que nos ocupa no basta para explicar el misterio de la muerte de Iván Kivelidi.

El 1 de agosto, el propietario del Rossbusinessbank no fue a almorzar al Club de Comercio. Se conformó con tomar rápidamente un par de bocadillos de salchichón con Zara Ismailova. Hacia las cuatro de la tarde, afectado por un extraño síncope, se tumbó en un diván y gritó: “Me muero... Siento que se me va la sangre”. Cuando llegó al hospital estaba en coma profundo. No llegó a recuperar el conocimiento. Poco después del síncope de su jefe, Zara Ismailova se derrumbó a su vez presa de terribles convulsiones. Murió a la mañana siguiente tras una agonía atroz. Que un hombre como Kivelidi, que ya no es

joven, sea víctima de un síncope es algo que puede pasar, aunque nunca había tenido problemas cardíacos. Pero no se puede dar la misma explicación en el caso de una mujer de 35 años en perfecto estado de salud como Zara Ismailova. Su muerte dio credibilidad a la teoría del envenenamiento, pero la autopsia no reveló rastro alguno de ningún veneno conocido. Una vez más, por Moscú corren los rumores más disparatados. Según el más extendido, los dos envenenados —teniendo en cuenta sus síntomas— fueron víctimas de un arma química a base de fósforo orgánico que el Ejército guardaba todavía en sus depósitos en forma gaseosa. Pero, ¿cómo se les pudo administrar el gas? La respuesta de *Izvestia* es explícita: el gas fue colocado en el auricular del teléfono de Iván Kivelidi. Éste fue el primero en descolgar y se desplomó; después, su secretaria usó el aparato y cayó igualmente. Según esta teoría, los envenenadores de Moscú habrían superado todas las proezas de Catalina de Médicis y Lucrecia Borgia.

Lo fundamental no es eso: las hipótesis barajadas en estos dos asesinatos inexplicables hacen sospechar de los agentes antiterroristas, los *spetsnaz* del Ministerio del Interior y del Ejército. El vicepresidente de la Mesa Redonda de la Empresa Rusa, Vladimir Sherbakov —¡que sigue vivo!— no llega a acusar a Boris Yeltsin, pero responsabiliza a “altos cargos del Gobierno”. Está realizando su propia investigación y ha ofrecido un millón de dólares (!) a quien le ponga sobre la pista de los asesinos. El asunto del veneno telefónico no ha hecho más que empezar.

K. S. Karol es periodista francés especializado en cuestiones del Este.

¿Pulso al Gobierno o al Estado?

Viene de la página anterior

rrorismo y con poco margen de maniobra para un cambio organizativo y de personal. Pero hay más. Con la transición pudimos cambiar las principales instituciones del Estado y abrir camino a la democracia. Pero algunos de sus pilares indispensables, como los partidos políticos y los sindicatos, eran débiles y lo siguen siendo. Los nuevos dirigentes políticos tuvieron que conformarse y aprender sobre la marcha. Y lo más importante de todo: cambiamos el sistema, pero heredamos una cultura política que tenía detrás décadas y siglos de autoritarismo político. Y las culturas políticas, las percepciones de la política, de sus protagonistas y de sus instituciones, las formas de entender la relación entre gobernantes y gobernados, y hasta el uso y la reverencia de los símbolos, no cambian tan rá-

pidamente como las superestructuras institucionales.

El resultado ha sido un cambio tumultuoso y exaltante en muchos sectores. Ha avanzado la tolerancia en terrenos delicados, como el sexual o el religioso, y las ciudades han sido motores y focos de una nueva convivencia. Pero la sociedad ha permanecido poco articulada en otros aspectos, a merced de bruscos movimientos de opinión o de reacciones emocionales ante tal o cual acontecimiento. Han entrado en escena nuevas generaciones que ya no perciben como problemas los que nosotros tuvimos que re-

solver con enormes esfuerzos y, en cambio, plantean otros muy difíciles de resolver con los mecanismos actuales, entre ellos el del empleo. También han cambiado las referencias culturales, en una mezcla difícil entre nuestras propias herencias y lo que nos llega de otros lugares, por encima de las antiguas fronteras. Y, a caballo entre la dimensión nacional y la internacional, también han aparecido nuevas formas de enriquecimiento y de especulación, que permiten acumular fortunas sin crear un solo puesto de trabajo. Detrás de estas posibilidades de fortuna rápida han surgido nuevos protagonistas, individuos o grupos con poder económico, carentes de escrúpulos, mimados por algunos medios de comunicación —que a menudo controlan— y que pueden llegar a echar un pulso al Estado si les conviene a sus intereses.

Esto es lo que ahora tenemos ante nosotros. Ningún análisis mínimamente serio sobre los aciertos y los errores del Gobierno y de la oposición, sobre el papel de los medios de comunicación, sobre la solidez o la debilidad de nuestras instituciones o sobre los movimientos de la opinión pública, puede prescindir de estos datos. Por eso la pregunta es si seguimos utilizando el barullo como un elemento más de la pelea preelectoral o si vamos al fondo de las cosas para evitar que los que hoy acosan al sistema acaben ganando el pulso. Una democracia sólida necesita un Gobierno fuerte y una oposición también fuerte, capaces ambos de competir pero también de cooperar en lo fundamental, independientemente de quién esté en el Gobierno y quién en la oposición. Yo no deseo que la actual oposición gane y se imponga el

modelo bipolar que propugnan el PP e IU. Pero tampoco deseo que la oposición se convierta en el furgón de cola de todo este cortejo siniestro de altos responsables traidores, de jueces equivocados, de financieros estafadores y de periódicos al servicio o sirviéndose de todos ellos, y que su aportación a la discusión política se limite a esperar que otros le marquen el ritmo, los tiempos y los contenidos de su política. Y no lo deseo porque si los que hoy chantajea al Estado triunfan en su empeño, ellos serán luego los dueños y los rectores de la política española, al margen de quién gane las elecciones y forme nuevo Gobierno en el futuro. Si esto llega a ocurrir, ya no será la democracia por la que hemos luchado.

Jordi Solé Tura es diputado del PSC-PSOE.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la página anterior

confianza y protección ante un juez, mientras que el 41% dice sentir poca o muy poca. Los jurados son, actualmente, una necesidad social, nos asuste o no, porque peor sería que creciera esa creencia dominante sobre el trato penal desigual que, presuntamente, se les da a los ciudadanos en los juzgados. — Carlos Ibáñez. Santa Cruz de Tenerife.

En la sección de Cartas al Director de EL PAÍS he leído la apurada consulta de un ciudadano ante la eventualidad de que le toque ser jurado.

Pregunta qué tiene que hacer para constituirse en objeto de conciencia y así sacudirse la eno-

josa obligación de llegar a ser uno de los “nueve hombres sin piedad” (no 12, como en Estados Unidos) que dictarán veredicto sobre la culpabilidad o inocencia de los transgresores de la ley. A eso contesto que no es preciso ser objeto ni nada por el estilo: sólo disponer de 50.000 pesetas que, como multa, habrá de satisfacer al desoír el “patriótico llamamiento”.

En estos tiempos que corren

no es mucho (tal como están los precios) y así se sacude el embozo que le echan encima. Es lo que haré yo de mil amores ahora, y también si, en los próximos comicios generales, me toca la china de salir como presidente o vocal de mesa electorera.

Pago lo que sea, pero a mí no me ven en esos lares. Si tiene ocasión, comunique esto al amigo angustiado. — José F. González Serrano. Madrid.

Fe de errores

David McTaggart, el fundador y máximo dirigente de Greenpeace hasta 1991, aparecía a la derecha en la fotografía publicada el 26 de septiembre en la página 6 de *Internacional*, y no al centro como se afirmaba al pie de la foto.